

Conclusión: *La etnogénesis latina*

Una vez culminado el recorrido a través de los diferentes pueblos que transitaron por el más remoto pasado del Lacio, llega el momento de intentar obtener algunas conclusiones. Como punto de partida, nada mejor quizá que volver al célebre trabajo de E. J. Bickerman, citado en la «Introducción», donde se mostraba cómo los griegos, al elaborar esa prehistoria científica, integraron en su propio concepto del pasado a las diversas gentes con las que entraban en contacto, de manera que estas pasaban en principio a tener su origen en el Egeo¹. Los latinos en general, y Roma en particular, no escaparon a esta visión helenocéntrica, pero su asimilación en el universo griego no siguió por completo las pautas que marcaron este mismo proceso en otras partes del Mediterráneo. Así, el pueblo latino no es producto de una migración procedente del Egeo, como sucede por ejemplo con los etruscos, sino que se formó en la región donde siempre habitó, el Lacio. En este caso la integración tiene lugar entonces recurriendo a individuos concretos. El héroe epónimo, Latino, se documenta por vez primera en unos versos de la *Teogonía* de Hesíodo como hijo de Odiseo y Circe², con lo cual se le otorga un marchamo griego, pero a la vez conserva su carácter indígena. Por lo que se refiere a Roma, la primera leyenda conocida sobre su origen se halla en un fragmento de Helánico de Lesbos, donde Eneas asume la función fundacional³; sin embargo, nada se especi-

¹ E. J. BICKERMAN, «Origines gentium», *CPh*, 47, 1952, 65-81.

² Hes., *Theog.*, 1011 ss.

³ Helánico, *FGH* 4F84 (= Dion., 1.73.2).

fica sobre la población que habría encontrado el héroe troyano tras su desembarco en el Lacio. Hay que esperar a los autores griegos de finales del siglo IV para encontrar alguna indicación sobre los primitivos habitantes del Lacio, pero en estos momentos la situación ha cambiado, pues las propias inquietudes latinas han intervenido y transformado sensiblemente el panorama. Cuando Eneas, primer héroe griego en pisar suelo latino con afán de establecerse, hace acto de presencia, es recibido por los aborígenes, lejanos ascendientes de los latinos y creación de una primitiva historiografía indígena. Quizá la idea, muy extendida en ambientes griegos durante los siglos V y IV, que consideraba a Roma una πόλις Τυρρηνίς y que en consecuencia no distinguía con claridad entre latinos y etruscos, impidió que los primeros fuesen objeto de especulaciones acerca de su origen. Los etruscos absorbían la mayor parte del protagonismo desde la perspectiva griega.

El proceso que lleva a la formación del pueblo latino no es sin embargo expuesto de la misma manera en todas nuestras fuentes. Reuniendo los datos conocidos, que hemos ido viendo a lo largo de las páginas anteriores, las posibilidades se reducen en última instancia a dos opciones, que podemos denominar respectivamente corta o sintética y larga o desarrollada⁴. La primera contempla el fenómeno de la etnogénesis bajo unas coordenadas muy simples: el pueblo latino sería el resultado de la fusión de un elemento indígena, representado por los aborígenes, y otro extranjero, identificado a los emigrantes troyanos de Eneas. La segunda visión añade a estas dos otras componentes, materializadas en diferentes gentes que sucesivamente se habrían asentado en el Lacio, contribuyendo no tanto desde el punto de vista demográfico —pues siempre se trata de grupos reducidos— sino sobre todo cultural a la definición del pueblo latino. Además de aborígenes y troyanos, se incluyen esencialmente los sículos, los pelagos y los arcadios. Entre estas dos variantes, la primacía cronológica corresponde a la sintética, pues por una parte a ella se remiten los testimonios más antiguos conocidos, y por otra la versión larga presupone la existencia de la corta, no a la inversa. La variante larga se ha ido formando conforme se implicaba a otros pueblos en las tradiciones sobre los orígenes de Roma,

⁴ Las páginas que siguen asumen el contenido de la primera parte de mi trabajo «La etnogénesis de Roma», que será publicado en las actas del congreso *Mitos de fundación*, Barcelona (en prensa).

pero su punto de partida no es otro que la ecuación aborígenes+troyanos = latinos. La versión larga exige por tanto un esfuerzo de racionalización y de sistematización de tradiciones independientes que se fueron acumulando por motivos muy diversos, por lo que su confección necesariamente se sitúa en fecha más reciente.

Los primeros indicios de la idea de la etnogénesis aparecen en autores griegos de comienzos del siglo III a.C., como Calias de Siracusa y Licofrón de Calcis, precisamente aquellos mismos de los que proceden las primeras menciones de los aborígenes, según veíamos en el primer capítulo⁵. Calias recuerda cómo Latino, llamado rey de los aborígenes, recibe a Eneas y a los troyanos fugitivos y contrae matrimonio con Rhome, una de las mujeres troyanas, epónima de la ciudad fundada por los hijos de ambos: Roma descansa entonces en la unión de un elemento aborígen, representado por Latino, y otro troyano, personificado en Rhome. No muy diferente es el planteamiento que ofrece Licofrón, quien presenta a Eneas desembarcando en el Lacio, en el territorio de los aborígenes, llamados aquí Βορείωνοι. Sin duda alguna, estos autores no tenían *in mente* la idea de la etnogénesis, no les preocupaba exponer detenidamente cómo se había formado el pueblo latino. Para ellos lo principal era destacar la existencia de una componente troyana como elemento distintivo de la esencia de Roma, que de esta manera pasaba a integrarse en el mundo griego y disfrutar en parte de una nobleza helénica. En tal sentido, no hay entonces diferencia entre estas tradiciones y aquellas otras que sin mencionar a los aborígenes, reconocían asimismo para Roma un origen troyano. Pero aun sin pretenderlo, en su misma formulación estaba contenido el germen del concepto de la etnogénesis, pues no cabe duda que un lector advertido percibía claramente que el pueblo latino estaba formado por una parte indígena y otra troyana. Cuando se produjo el paso definitivo a esta comprensión del fenómeno es algo que no sabemos con certeza, aunque es probable que fuese contemporáneo o ligeramente anterior a estos autores.

Hasta donde podemos saber, el primero en formular de manera expresa la etnogénesis latina fue Catón. Este dibujaba un Lacio habitado por un pueblo agreste e inculto, los aborígenes, a los cuales se añadieron posteriormente los troyanos de Eneas, definiendo en conjunto un único pueblo

⁵ Calias, *FGH* 564F5 (= Dion., 1.72.5); Lyc., *Alex.*, 1226 ss.

llamado latino⁶ Aunque esta afirmación de la versión sintética de la etnogénesis se documente por vez primera en Catón, posiblemente no fuese idea suya, sino que sin duda la recogió de la propia tradición latina que acuñó el concepto de aborígenes, que debe remitirse a ambientes lavinates. Esta visión de la etnogénesis gozó de amplio éxito en autores posteriores. En el siglo I a.C. Salustio la hizo suya⁷ y en las postrimerías del mismo, en época de Augusto, se convierte de hecho en la versión canónica. La unión de aborígenes y troyanos en un solo pueblo por obra de Eneas, sucesor del rey indígena Latino, es expresada claramente por Livio y por Estrabón⁸, dos autores que utilizaron a Catón más de lo que comúnmente se cree, y por esas mismas fechas también el rey Juba de Mauritania plasmó idéntica opinión en su historia de Roma⁹. El mismo Virgilio, que como hemos visto evita utilizar el término de aborígenes, al final de su poema no deja de reconocer el nacimiento de un nuevo pueblo con la fusión de las sangres troyana e indígena¹⁰. En los siglos posteriores el esquema de Catón se sigue repitiendo en otros autores, como Apiano, Charax de Lampsaco y Dion Casio¹¹.

Pero al mismo tiempo se va desarrollando la otra variante de la etnogénesis, que ciertamente no careció de éxito. Esta última va incorporando nuevos elementos que paulatinamente se han ido añadiendo a la visión de la prehistoria de Roma, en un intento por ordenar el conjunto de los datos que se han acumulado y presentar un panorama completo y sistemático. En este grupo se incluyen diversos pueblos de estirpe griega que, por motivos muy diversos, se han introducido en el Lacio. Así, la presencia de los sículos se explica a partir de la integración de Sicilia en el mundo romano en los últimos decenios del siglo III; la de los pelasgos, tras la conquista de Macedonia y el Epiro y su organización como provincia a mediados del

⁶ Catón, fr. 5 P = fr. I.6 Ch (= Serv., Aen., 1.6): *Cato in originibus hoc dicit, cuius auctoritatem Sallustius sequitur in bello Catilinae, «primo Italiam tenuisse quosdam qui appellabantur Aborigines. hos postea adventu Aeneae Phrygibus iunctos Latinos uno nomine nuncupatos».*

⁷ Sal., *Cat.*, 6.1-2.

⁸ Liv., 1.2.4; Str., 5.3.2 (C. 229).

⁹ Juba, *FGH* 275F9 (= Stph. Byz., 7M, s.v. Ἀβορυγῖνες).

¹⁰ Verg., *Aen.*, 12.820 ss.

¹¹ App., *Reg.*, fr. 1 y 1a; Charax, *FGH* 103F40 (= Stph. Byz., 7M, s.v. Ἀβορυγῖνες); Cas. Dio, en Zon., 7.1.

siglo II, y por último los arcadios se presentan de la mano de Evandro, como imagen de héroe civilizador, no antes de mediados del siglo III. Pero todas estas influencias operan con independencia unas de otras, cada una movida por sus propios impulsos, de forma que se hace necesario esperar un tiempo a que sean absorbidas y admitidas en los círculos intelectuales y políticos de Roma. Posiblemente la sistematización de esta nueva concepción etnogénica se deba a la pluma de Varrón, quien influyó muy profundamente en las opiniones de Dionisio de Halicarnaso, autor que ofrece la exposición más completa de todas cuantas se disponen sobre esta cuestión. Sin embargo, son tantas las componentes que concurren en el proceso, que no todas las versiones coinciden en su totalidad, observándose incluso planteamientos bastante singulares.

Así sucede en la presentación del problema que encontramos en Floro, quien enmarca la formación del pueblo romano en el contexto del *Asylum* de Rómulo, al cual se habrían acogido por un lado latinos y etruscos y por otro gentes procedentes de ultramar, los frigios de Eneas y los arcadios de Evandro¹². En su análisis de este pasaje, señala con razón D. Briquel cómo Floro distigue entre indígenas (latinos y etruscos) y extranjeros (troyanos y arcadios) en la formación del pueblo romano, pero con un fin integrador que prefigura la grandeza posterior del Imperio, fundado sobre naciones de diferente origen¹³. Como es natural, Floro conocía las tradiciones sobre el pasado legendario del Lacio, pero inicia su relato con el nacimiento de Rómulo, sin apenas alusiones a la historia anterior. Sin embargo, prescindir de toda esa lejana prehistoria implicaba también olvidarse de Eneas y de las raíces troyanas de Roma, lo cual no era posible, por lo que Floro decide introducirlos en ocasión tan poco oportuna. Así las cosas, se podría dudar si verdaderamente nos encontramos ante una variante de la etnogénesis, o si por el contrario se trata de un recurso historiográfico sugerido por el propósito epitomista de este historiador.

En diversas ocasiones, las fuentes antiguas mencionan listas de pueblos que sucesivamente habrían ocupado la región latina. En estas relaciones no se observa de forma expresa un intento por tratar la etnogénesis como tal

¹² Flor., 1.1.9: *Latini Tuscique pastores, quidam etiam transmarini, Phryges qui sub Aenea, Arcades qui sub Evandro duce influxerant.*

¹³ D. BRIQUEL, «La formation du corps de Rome: Florus et la question de l'Asylum», *ACD*, 30, 1994, 209-222.

problema histórico, pero implícitamente sí se hace referencia al enriquecimiento del que se ha beneficiado la región por la sola presencia de tantos pueblos, y al mismo tiempo tales noticias vienen a ser un reflejo de la visión larga de la etnogénesis latina. El autor que proporciona una lista con mayor número de elementos es sin duda Plinio, quien en el inicio de su descripción del Lacio, menciona como antiguos habitantes de la región, por una parte, a aborígenes, pelasgos, arcadios, sículos, auruncos, rútuos, y por otra, como situados más allá del Circeo, a volscos, oscos y ausonios¹⁴. El naturalista ofrece en esta síntesis una visión muy extensa del concepto histórico del Lacio, tanto en su dimensión temporal como en la espacial. En efecto, Plinio relaciona pueblos legendarios con otros plenamente históricos, con la particularidad que estos últimos son aquellos referidos al *Latium Adiectum*, localizados por tanto en un nivel cronológico no anterior a las postrimerías del siglo IV a.C.¹⁵ Sin embargo, hay que reconocer que Plinio ha distinguido previamente el *Latium Antiquum*, en el cual sitúa un conjunto de pueblos que vienen a representar la visión común del poblamiento legendario del Lacio. Pero no puede dejar de observarse algunos hechos ciertamente singulares. Por un lado, hay un pueblo mencionado por duplicado, los auruncos, idénticos a los ausonios, siendo el primero el término itálico y el segundo el griego. Estas gentes definen un entidad histórica, que tenía su ámbito en la región comprendida entre Campania y el Lacio, pero también son incluidos en las tradiciones sobre la más lejana prehistoria itálica¹⁶ y latina. Como veíamos en páginas anteriores, los auruncos aparecen en la *Eneida* vinculados a los sicanos/sículos, pero también muy unidos a los rútuos¹⁷, lo que puede explicar que ambos figuren

¹⁴ Plin., *Nat. Hist.*, 3.56: *Latium antiquum a Tiberi Cerceios servatum est...: tam tenues primordio imperi fuere radices. Colonis saepe mutatis tenuere alii aliis temporibus, Aborigines, Pelasgi, Arcades, Siculi, Aurunci, Rutuli et ultra Cerceios Volsci, Osci, Ausones, unde nomen Lati processit ad Lirim amnem.*

¹⁵ Cf., sin embargo, las interesantes observaciones acerca de la vertiente legendaria de oscos y ausonios en la región al sur del Lacio planteadas por D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, Roma, 1984, pp. 542 ss.

¹⁶ Los ausonios se tenían por autóctonos (Ael., *Var. hist.*, 9.16) y figuran en los primeros registros históricos griegos relativos a Italia, como en Hecateo, *FGH* 1F61 (= Steph. Byz., 479M, s.v. Νῶλα), Antíoco de Siracusa, *FGH* 555F8 (= Str., 5.4.3 [C. 242]) y Helánico de Lesbos (*FGH* 4F79a-b (= Steph. Byz., 566-567M, s.v. Σικελία; Dion., 1.22.3).

¹⁷ Verg., *Aen.*, 11.317.

juntos en la lista de Plinio. Pero, en segundo lugar, quizá el hecho más sorprendente en esta sucesión de pueblos es la ausencia de los troyanos, que como hemos visto es un punto fundamental en la configuración de la prehistoria latina. Ahora bien no sólo Plinio omite la presencia de la componente troyana. Conocemos otras listas que presentan la misma carencia. Así, Aulo Gelio y Macrobio mencionan de pasada a auruncos, sicanos y pelasgos, *qui primi coluisse Italiam dicuntur*¹⁸, pero como veíamos en su momento, se trata sin duda de nombres sacados al azar de una lista más amplia cuyo exacto contenido desconocemos. Más significativo es el caso de Solino, quien en una perspectiva más próxima a la de Plinio, habla de aborígenes, auruncos, pelasgos, arcadios y sículos¹⁹. Generalmente se da por sentado que tanto Solino como la primera parte de la lista de Plinio proceden en última instancia de Varrón²⁰. Puede que en el fondo se encuentre el polígrafo reatino, pero la inclusión de los auruncos, y en esa relación especial con los rútilos que aparece en Plinio, y sobre todo la ausencia de los troyanos, invitan a ver una contaminación en las fuentes. Quizá haya que pensar en un descuido de Plinio, que se trasladaría a Solino, puesto que resulta difícil pensar en una consciente marginación del elemento troyano.

Una visión con pretensiones totalizadoras se encuentra en la obra anónima conocida con el título de *Origo gentis Romanae*, que contempla el pasado más lejano de Roma desde los reinados míticos de Jano y Saturno hasta Rómulo, es decir toda la prehistoria romana. Su autor, que se muestra muy influido por Varrón²¹ pero que en realidad asume, y en honor a la verdad no siempre de forma coherente, distintas versiones que circulaban en Roma desde el siglo II a.C., presenta una reconstrucción según la cual el pueblo latino se formó mediante la agregación de diversos elementos griegos sobre un fondo indígena. Estas primitivas gentes, que ofrecen todas las características de una población autóctona, fueron en primer lugar civilizadas por la acción de Jano y Saturno, presentados como exiliados griegos que introducen en el Lacio los primeros elementos de una vida organi-

¹⁸ Gell., *Noct. At.*, 1.10.1; Macr., *Sat.*, 1.5.1.

¹⁹ Solin., 2.3.

²⁰ Cf., respecto a Plinio, K. G. SALLMANN, *Die Geographie des ältern Plinius in ihrem Verhältnis zu Varro*, Berlin, 1971, pp. 198 s.; D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, p. 495, n. 5. Por otra parte, es muy posible que Solino tuviera presente a Plinio al redactar esta lista.

²¹ Véase J.-C. RICHARD, «Varron, l'*Origo gentis Romanae* et les Aborigènes», *RPh*, 57, 1983, 29-37.

zada, como la agricultura y el culto a los dioses. Sin embargo, una laguna en el texto impide conocer en detalle cómo se relacionaba a estos primitivos *indigenae* con los aborígenes, pues la *OGR* adopta la visión que hacía de estos últimos unos emigrantes griegos²². Este anónimo autor racionaliza en extremo las tradiciones sobre la llegada de gentes extranjeras y aquella otra sobre la dinastía mítica del Lacio, de forma que cada pueblo está en relación directa con uno de los reyes. Así, Pico recibe a los aborígenes, Fauno a los arcadios y por último Latino a los troyanos²³. Pero esta serie de correspondencias le obliga a ignorar la presencia de un cuarto pueblo, los pelasgos, cuya intervención en la prehistoria latina estaba firmemente asentada; igualmente los sículos quedan relegados del esquema.

La exposición más extensa y organizada de todas cuantas existen acerca de la prehistoria mítica se encuentra en Dionisio de Halicarnaso. Este historiador redactó una historia de Roma hasta la primera guerra púnica con un propósito muy definido: demostrar la naturaleza griega de la ciudad desde sus más remotos orígenes. Determinado por esta idea, la etnogénesis latina ocupa en su obra un lugar muy destacado, como lo prueba la enorme extensión que le concede²⁴. Para alcanzar sus objetivos, Dionisio se ve forzado a discutir todo tipo de argumentos, de tal forma que el resultado, y aquí es donde radica uno de sus principales méritos, se convierte en una lograda combinación de historia y anticuariado²⁵. De todo ello resulta una admirable tarea de investigación, aunque no exenta de puntos oscuros, para lo cual se vale de las tradiciones existentes, eligiendo entre aquellas que le parecen las más verídicas o que mejor se adaptan a sus intereses; utiliza argumentos lingüísticos, arqueológicos y topográficos; recurre a la comparación entre instituciones y hechos griegos y romanos, y todo sometido a los controles corrientes en la historiografía griega. Según la reconstrucción que propone Dionisio, sobre una capa autóctona y salvaje, definida por los sículos y a la cual se hace necesario expulsar para

²² *OGR*, 4.1-2.

²³ *OGR*, 4.3 (Pico y los aborígenes); 5.1 (Fauno y los arcadios); 9.1 (Latino y los troyanos).

²⁴ La exposición de la etnogénesis latina se encuentra en los sesenta primeros capítulos del libro I. Son fundamentales al respecto D. MUSTI, *Tendenze nella storiografia romana e greca su Roma arcaica*, Roma, 1970, pp. 11 ss.; E. GABBA, *Dionysius and The History of Archaic Rome*, Berkeley, 1991, pp. 93 ss.

²⁵ E. GABBA, *Dionysius and The History of Archaic Rome*, p. 98.

eliminar cualquier resto de barbarie, se van superponiendo diferentes poblaciones de procedencia griega que sucesivamente llegan al Lacio: aborígenes, pelasgos, arcadios (reforzados con un pequeño grupo de peloponesios que acompañaban a Heracles) y finalmente troyanos.

En sus líneas generales, Dionisio toma este esquema de Varrón y de la tradición histórica anterior, pero lo transforma en aras a conceder a Roma un prístino origen griego. En este sentido, la principal novedad se centra sin duda en la definición que conviene proporcionar a los aborígenes. Estos últimos constituían un elemento fijo en la tradición romana y como tal había sido también aceptado en amplios círculos de la historiografía griega. Sin embargo, los aborígenes habían sido ideados como población autóctona y así se mantenía en la historiografía romana, si bien este principio admitía alguna pequeña variación como la propuesta por Varrón, que situaba su origen no en el Lacio sino en la cuenca de Reate. Pero esta concepción no concordaba con los fines de Dionisio. Este se ve en la necesidad de conservar a los aborígenes como elemento más antiguo, respetando así una tradición firmemente asentada, pero para salvar la dificultad, se ve asimismo obligado a otorgarles un origen griego. Este cambio trascendental en la definición de los aborígenes contaba con algunos antecedentes, pero Dionisio reelabora el problema integrándolo en una visión general de la prehistoria italiana: así, los aborígenes se transforman en arcadios producto de la primera migración griega a Italia, aquella conducida por Enotrio y Peucetio. La nueva definición de los aborígenes repercute en los sículos, cuya imagen como población que desde el Lacio se dirigió a Sicilia había sido creada en ambientes romanos en la segunda mitad del siglo II y desarrollada por Varrón. Dionisio hace suyos estos principios y caracteriza abiertamente a los sículos como gentes autóctonas e incivilizadas, según corresponde a toda autoctonía no griega, renunciando así a la posibilidad de incrementar la componente helénica de Roma a través de los griegos de Sicilia²⁶.

A pesar de sus distintos planteamientos, estas dos versiones de la etnogénesis latina no son abiertamente contradictorias, no se observa entre ellas una fuerte discrepancia, pues en el fondo se trata de la misma concepción pero con desarrollos diferentes. Así, vemos cómo entre los defensores de

²⁶ Sobre la autoctonía de los sículos en Dionisio, puede verse D. BRIQUEL, *Les Tyrrhènes peuple des tours*, Roma, 1993, pp. 114 ss.

la versión larga, en especial en aquellos autores que la exponen de una manera más completa, los aborígenes definen siempre el sustrato base de población, aquél que recibe sucesivamente a los recién llegados: en otras palabras, se sitúan permanentemente en un nivel «cero». La presencia de las nuevas capas de población supone un enriquecimiento cultural, pero no una sustancial alteración étnica, pues es precisamente en la acumulación de estos elementos culturales donde descansa la legitimidad histórica del pueblo romano, según señala con total acierto E. Gabba en relación a las opiniones de Dionisio²⁷. Incluso el propio Dionisio no deja de reconocer que el pueblo latino nació de la unión de aborígenes y troyanos, pero naturalmente de unos aborígenes de procedencia helénica y sin olvidar la contribución de los restantes emigrantes griegos²⁸. De la misma manera, los partidarios de la visión corta no dudan en incluir en sus relatos elementos característicos de la versión opuesta, aunque desvinculándose de un esquema diacrónico. Por ejemplo, Livio se detiene en el mito de Evandro o en la presencia de Hércules con una finalidad etiológica, como explicación de determinados rituales o costumbres²⁹. Incluso es posible, a través de una vía intermedia, integrar esos elementos en una secuencia temporal. Así podría entenderse la exposición de Pompeyo Trogo que se lee en el texto de Justino³⁰: los aborígenes aparecen como los primeros habitantes del Lacio, gobernados por una dinastía que arranca de Saturno y que comprendía los restantes reyes tradicionales; en un determinado momento llega Evandro, no dejándose de señalar sus aportaciones en el ámbito religioso; a continuación, Hércules, recordado por su condición de padre de Latino, en una versión que se destaca de la canónica que le hacía hijo de Fauno; finalmente, fue durante el reinado de Latino cuando se produce la llegada de Eneas y con él la gran transformación que tiene lugar con la formación de un nuevo pueblo.

En definitiva, se puede aceptar que la fórmula más antigua que imaginaba el origen del pueblo latino se expresaba a través de la mencionada ecuación aborígenes+troyanos = latinos. Esta manera de concebir el origen del pueblo latino no deja de presentar, por otra parte, un acusado rasgo de

²⁷ E. GABBA, *Dionysius and The History of Archaic Rome*, p. 99.

²⁸ Dion., 1.60.2.

²⁹ Liv., 1.5.2; 7.4-14.

³⁰ Iust., 43.1.3-13.

personalidad. Frente a las ideas que sobre el particular desarrollaron los griegos e hicieron extensibles a otras naciones, según las cuales el nacimiento de un pueblo se ajustaba a uno de estos dos tipos, la autoctonía o la migración, los latinos idearon uno propio, consistente en la unión de ambos conceptos, la autoctonía, representada por los aborígenes, y la migración, personificada en los troyanos. De esta manera aceptaron su integración en el universo griego, pero conservando su propia identidad: como dice el gramático Servio, *ergo descendunt Latini non tantum a Troianis sed etiam ab Aboriginibus*³¹. Sobre este esquema original operaron a continuación nuevas tradiciones, sucesivamente incorporadas al patrimonio legendario de Roma, que ampliaron el contenido de la etnogénesis. Esta nueva visión parte de los mismos presupuestos, pero se enriquece con las aportaciones introducidas desde ambientes griegos y aceptadas por los romanos. Algunos de estos elementos son admitidos e integrados de manera definitiva, como sucede con los episodios protagonizados por Evandro y Hércules, mientras que otros quedan limitados a círculos muy reducidos, como el caso de los sículos y de los pelasgos. Dos nombres propios tuvieron un papel sobresaliente en este nuevo concepto de la etnogénesis, Varrón, a quien muy posiblemente hay que atribuir la primera sistematización de todos estos pueblos según un orden coherente, y Dionisio, que lo utilizó con una intención política desconocida hasta el momento.

³¹ Serv., *Aen.*, 1.6.